



## SOBRE LA RENUNCIA DEL PAPA

Por Dalmacio Negro

La causa y circunstancias directas de la dimisión (*dimittere*, renuncia a la misión) del Papa son muy claras. No obstante, hay quienes siguen preguntándose con la mejor buena fe: ¿porqué no dejó seguir su curso a las cosas abandonándose a la voluntad de Dios, como hizo por ejemplo su antecesor? Algunos dicen que por las intrigas en su entorno; pero esto es insuficiente: los disgustos, las intrigas, las traiciones, sin descartar las envidias, son normales cuando se ocupa cierta posición; y, en este caso, cabe decir lo mismo en relación con división interna del clero y los fieles. El Papa sería un irresponsable si fuera todo eso lo que le ha movido a tomar su gran decisión en un tiempo y en una cultura en la que casi nadie se atreve ya a decidir: un Papa no puede renunciar a su *missio* por desengaños, desilusiones, fracasos o hastío y ni el teólogo Ratzinger ni el Papa Benedicto son unos irresponsables. Su decisión es propia de situaciones y momentos excepcionales.

Pierre Chaunu dijo hace bastantes años, que al morir Pío XII, quien tenía las ideas muy claras, comenzó el derrumbamiento de la Iglesia católica; el gran historiador la abandonó quizá por eso y entró en la Reformada de Francia. No es éste el lugar de hacer historia. *Ecclessia semper reformanda*, la Iglesia no es inmóvil, el Pueblo de Dios está siempre en camino y después de un Concilio para recobrar fuerzas, es corriente que sobrevenga una cierta crisis. Pero la del Vaticano II, cuyas consecuencias persisten, ha sido descomunal. Fiel a la tradición teológica, muchas de las interpretaciones posteriores demuestran que los diques que puso el Concilio no eran suficientes para represar las olas del mar de fondo que le precedió. Juan Pablo II tuvo que dedicar sus energías a encauzar el rumbo de la nave de Pedro.

Ratzinger continuó la obra de su predecesor reasentando y clarificando la teología con la autoridad papal. Su misión está seguramente cumplida en este aspecto; pero sin fuerzas ya para acometer la gran tarea que le espera a su inmediato sucesor, y sin duda a los que vengan después, decidió renunciar en un acto de suprema responsabilidad.

En efecto, tal como están las cosas, es previsible una nueva fase sumamente intensa de la eterna lucha de las Investiduras entre la *auctoritas* de la Iglesia, cuya cabeza es el Papa, y las potestades temporales.

Es un hecho que, mientras la Iglesia -el Pueblo de Dios- gusta decir Ratzinger- se expande -*peregrina*- en otros continentes, está en franco retroceso en el mundo cristiano a pesar de Juan Pablo II y Benedicto XVI. El abandono de la fe y de la Iglesia parece incontenible en Europa, progresa en la América hispana, quizá algo menos en la anglosajona. La deserción de la Iglesia y la apostasía actuales -que afectan también y con mayor intensidad al cristianismo protestante-, no son sólo recaídas a las que siguen *revivals*. Ciertamente que ello se debe en parte a la crisis e indisciplina de parte del clero -la Iglesia docente-, que no es tampoco una novedad.

La gran novedad consiste en la actitud anticristiana, solapada todavía intelectualmente en muchos casos pero evidente en la práctica, de los poderes políticos culturalmente cristianos, al mismo tiempo que prosperan las sectas, las supersticiones, la magia, el gnosticismo y el ateísmo y agnosticismo banales: ¿cuántos gobiernos aceptan o practican sin reservas los cuatro principios mínimos que Benedicto XVI considera irrenunciables? Los gobiernos, no sólo disputan el espacio público a la religión, cosa relativamente frecuente, que da lugar a conflictos jurisdiccionales, sino que han hecho suya la causa de la "cuestión antropológica" (Benedicto XVI), una de cuyas formas concretas es la "cultura de la muerte" (Juan Pablo II), que está socavando la cultura y, con ella, la civilización occidental.



Los poderes públicos en general, incluidas instituciones internacionales como la ONU -de factura occidental- y más tímidamente por ahora la Unión Europea, se han erigido en adalides de la revolución legal en curso, de trasfondo nihilista, orientada a cambiar la cultura y la civilización informadas por el cristianismo.

En el fondo, se trata de una cuestión teológica, pues el motor de esa gran revolución espiritual es la vieja herejía de la apocatástasis combinada con el pelagianismo y vivencias gnósticas. Condenada de nuevo tras vivas discusiones por el Vaticano II, es seguramente una causa principal -quizá *la* causa- de las divisiones internas en el seno de la Iglesia, de la crisis del clero, de la crisis de fe, de la apostasía de las masas, e, indiscutiblemente, de la actitud de los poderes públicos frente a la religión cristiana -no por cierto frente a otras religiones, entre ellas la islámica- y la Iglesia.

Según esa herejía, fortalecida modernamente por el éxito y el auge de la ciencia y la técnica, la prometida reconciliación final de todas las cosas tendrá lugar antes de la *parousía*, la segunda venida de Cristo, pues el hombre puede instaurar con sus propias fuerzas el Reino de Dios en la tierra. La apocatástasis es la madre de las ideologías autoproclamadas “progresistas”, que, como religiones seculares, no pretenden otra cosa, en último análisis, que la realización del Reino en este mundo. El Reino de Dios, hechura del hombre. El modo de pensamiento ideológico se formó, organizó y prosperó a causa de la “cuestión social”. Como era un hecho real, de difícil solución dado que todo gobierno es oligárquico, se instaló poco a poco en las vivencias colectivas operando a través de religiones políticas que prometen conseguir la salvación en este mundo.

Resuelta o en vías de resolverse aparentemente la cuestión social por el Estado de Bienestar del que se esperaban grandes cosas, la revolución culturalista de mayo de 1968, coincidente con el final del Vaticano II (1962-1965) y el comienzo de las discusiones en torno a la interpretación del Concilio, planteó abiertamente la “cuestión antropológica”. Esta cuestión, con su pretensión de establecer de un modo mucho más radical una nueva cultura y una nueva civilización mediante la transformación o el cambio de la misma naturaleza humana, rebasa cualitativamente a las ideologías mecanicistas, cuyo objeto directo consiste en cambiar las estructuras sociales.

Si las clases políticas, las clases dirigentes y las élites intelectuales, en definitiva los gobiernos, no se dejaran llevar por la ideología, sus intereses, vicios particulares o la demagogia, cabe pensar que la cuestión antropológica hubiera sido bastante irrelevante. Pero como es notorio, se ha convertido por su intensidad en la cuestión política principal. A ello se junta, en este momento de crisis moral, política y secundariamente económica, un reverdecimiento de la cuestión social, siendo previsible que las amorales y mediocres oligarquías gobernantes apelen, como han venido haciendo, a la cuestión antropológica, para, recrudeciéndola, utilizarla de tapadera propagandística a fin de desviar la atención de sus fracasos y consolidar su posición presentándose como liberadoras de prejuicios ancestrales.

Lo que está realmente en cuestión es la civilización occidental, esencialmente cristiana al ser una hechura de la Iglesia, que la ha conservado y dirigido con su autoridad (ciertamente no con su poder). Gravemente amenazada por la política, reducida prácticamente a charlatanería, resulta comprensible que, ante la perspectiva de una confrontación abierta y *larga* con los poderes públicos, haya pensado prudentemente el Papa, uno de los hombres más cultos del tiempo, en la conveniencia o más bien la necesidad dada su avanzada edad, de que sea su sucesor quien encabece -tal vez no- el previsible *Kulturkampf* o lucha por la cultura y la civilización en torno a la *auctoritas*.

La prudencia es la virtud política por excelencia. La Iglesia, comunidad espiritual (*communio*) formada por los fieles en torno a Cristo, no es política ni antipolítica. Sin embargo, como contramundo en el mundo es, *velis nolis*, la más política de todas las instituciones.